

creencias con tal convicción que nada les podría hacer cambiar de opinión: «Sé que más cosas vieron hazer los judíos a Christo, y con todo siempre estuvieron pertinazes y están; y los turcos no ven, si quieren abrir los ojos, el error en que están» (p. 213). Belon habla igualmente de las «superstitions et foles cerimonies des Turcs» que provienen de las locuras teóricas del Corán.<sup>54</sup> Tanto él como nuestro autor comparten pues el mismo entusiasmo por los modos de vida del turco y el mismo desprecio por su teología. El siglo XVI no da para más; en medio de reformas y guerras entre las naciones cristianas motivadas en parte por cuestiones dogmáticas, una actitud favorable al Corán es impensable. Guillaume Postel, consumado arabista y filólogo, lector crítico del Corán cuyas similitudes con la Biblia es el primer occidental en señalar, y que menciona no pocas manifestaciones positivas de la religiosidad de los turcos, es sin embargo inflexible en cuestión de dogma, y aún se declara partidario de la Cruzada.<sup>55</sup>

Es una curiosa paradoja. Los turcos viven *cristianamente*, pero su creencia equivocada les impide la salvación. Michel Baudier, primer historiador occidental del islamismo, observa el problema como Urdemalas. Los turcos —dice— «Surpassent tous les hommes de la terre, et mesmes les Chrestiens, en l'exercice de la charité et aumosne envers le prochain... certes si telles aumosnes estoient animées de la vraiye foy, elles seroient sans dout fort agreables à Dieu.»<sup>56</sup> Baudier sin embargo parece no sufrir demasiado por esta injusticia de ver las buenas obras arruinadas por seguir una fe errónea, una fe que él denigra de principio a fin de su obra. Urdemalas se muestra más preocupado, pero sabe que no hay compromiso teológico posible. Nada puede hacer al respecto sino implorar al cielo para que un día turcos y judíos descubran la verdad, como él mismo hacía con Sinán Bajá, por quien «rogaba mill vezes al día que le alumbrase para salir de su error» (p. 440).

Urdemalas es un firme creyente en la religión cristiana. Tan firme en efecto que está dispuesto a morir como mártir de su religión. Cuando en un ataque de orgullo Sinán Baxá le conmina a que se convierta al islamismo, no duda en resistirse hasta el final, y ni siquiera la presencia del verdugo le provoca el menor titubeo. Este episodio es de enorme importancia en la obra, porque así ningún lector podrá poner en tela de juicio la buena intención y sinceridad de sus críticas hacia los cristianos.<sup>57</sup> La solidez de sus convicciones halla expresión también por vía negativa en su rechazo total de quienes, menos fuertes que él, cedieron a la tentación de una vida mejor a cambio de abjurar de su fe. Así increpa al renegado español Juan Micas:

Preguntado que por qué había hecho aquello, respondió que no por más de no estar sujeto a las Inquisiciones d'España; a lo qual yo le dixé: Pues hágos saver que mucho mayor la ternéis aquí si bibís, lo qual no penséis que será mucho tiempo, y aquél malo y arrepentido; y no pasaron dos meses que le vi llorar su pecado, pero consolábale el diablo con el dinero. (p. 453)

<sup>54</sup> Ibid., p. 382. Belon insiste también en la locura teórica del Islam: «des grandes folies qu'il racompte touchant le paradis des Turcs» (p. 386). El único interés que le lleva a hablar de la región islámica es «monstrer le peu de iugement de Mahomet, d'escrire choses si folastres» (p. 400).

<sup>55</sup> République, pp. 57-62. Nicolai dice hablar de la religión de los Turcos movido sólo por «the curious desire to understand of their brutish lives and abhominable superstition» (The navigations, p. 97).

<sup>56</sup> Cit. por C. D. Rouillard, p. 338.

<sup>57</sup> Cf. M. Bataillon, Laguna, auteur, p. 68.

Nuestro autor piensa, como Cervantes, que bajo ningún concepto puede un cristiano renegar de su fe. Urdemalas increpa a Micas en forma sorprendentemente similar al modo en que el Saavedra de *Los tratos de Argel* aconseja a Pedro que se resista a hacerse musulmán, ni siquiera en apariencia.<sup>58</sup> El hecho pues de la creencia firme de nuestro autor en las convicciones esenciales del cristianismo no puede ser puesto en entredicho.

Dejado esto bien sentado, debe añadirse sin embargo que sus preocupaciones teológicas terminan ahí mismo. El autor se desentiende de cualquier sutileza dogmática. Nuestro autor rechaza el teoricismo, la tendencia obsesiva a amontonar cuestiones metafísicas de valor más que dudoso, y se adhiere con firmeza al espíritu de la *philosophia Christi*, cuyo énfasis se asienta en la vivencia más que en la teología. Durante la primera mitad del siglo XVI, la *philosophia Christi*, capitaneada por Erasmo de Rotterdam, ha dejado su huella en el pensamiento humanista.<sup>59</sup> Urdemalas se considera un cristiano íntegro que se atiene al espíritu del Evangelio, pero demuestra menor entusiasmo por las prácticas formales de la religión. No oculta cierto desdén hacia el culto a las reliquias, la mayoría de las cuales estima falsas (p. 125) —un desdén que concuerda con el de la Dedicatoria, en que el autor se mofa de la iconografía al uso: «pintores que pintan a los ángeles con plumas, y a Dios padre con barba larga, y a Sant Migel con arnés a la marquesota, y al Diablo con pies de cabra» (p. 81)— y que hace exclamar ingenuamente a Mata: «Mirad no traigáis alguna punta de luterano desas tierras extrañas» (p. 125). Urdemalas confiesa abiertamente que en la cautividad no se atuvo a las normas eclesiásticas *de iure positivo* ya que las circunstancias no se lo permitían (p. 265). A Urdemalas le preocupa la obsesión de los cristianos por aspectos formales que fácilmente ocasionan disputas (y aún «guerras de acá») que serían fácilmente evitables; se atreve por ejemplo a señalar la banalidad de ciertas diferencias entre la religión católica y la ortodoxa griega que él ha podido apreciar en su viajes:

En el baptizar diçen que somos herejes, porque es grande soberbia que diga un hombre: *Ego te baptizo*, sino *Dulos Theu se baptizi*: el sierbo de Dios te baptiza. Yo, hablando muchas vezes con el patriarca y algunos obispos, les deçía que por falta de letrados estaban diferentes su Iglesia y la nuestra romana; porque esto del baptismo todo era uno dezir: *Yo te bautizo en el nombre del Padre*, etc. y *El siervo de Dios te baptiza*. (p. 284)

Pero cuando se trata de una cuestión religiosa esencial, Urdemalas sabe mostrarse intransigente. Así cuando, condenado a trabajar en la construcción del palacio en horribles condiciones, el sufrimiento es tal que el suicidio se le ofrece como medida liberadora, pero su fe le impide llevarlo a cabo: «víme tan desesperado, que si no fuera porque sabía cierto irme al infierno, no me dejara de echar allá avajo de cabeza» (p. 187)

En resumen, la religión de Urdemalas es un cristianismo evangélico, de conciencia y conducta más que de forma y ceremonia, firme en las creencias evangélicas y flexible

<sup>58</sup> A. Mas, *Les Turcs*, I, 316-7. Mas prueba con varias citas que para Cervantes «la faute la plus grave qu'un chrétien puisse commettre est de renoncer à sa religion» (I, 333).

<sup>59</sup> Para un estudio del contenido doctrinal y la significación histórica de la *philosophia Christi*, cf. M. Baillon, *Erasmo y España, especialmente I*, 84-90.

en lo accidental.<sup>60</sup> Son precisamente estas convicciones las que le llevan a estudiar minuciosamente la conducta religiosa de los turcos, en vez de perder el tiempo en continuos e inútiles improperios sobre la irracionalidad de la teología islámica. El resultado de su estudio es chocante: los creyentes en la religión islámica resultan ser mejores «cristianos» en la práctica que los cristianos mismos. Y éstos no cesan de llamar a la cruzada. Europa está ansiosa por teñir campos y mares de sangre turca. ¿Qué hacer?

Lo sorprendente es que en Turquía no existe el problema de guerras civiles, situación que resulta extraordinaria e incomprensible para los occidentales, quienes no acaban de explicarse cómo los turcos han creado un imperio compuesto de razas y pueblos heterogéneos en su geografía, cultura y religión, que sin embargo están perfectamente encuadrados en el sistema político del imperio otomano. Esto les permite que conserven sus leyes, lengua, creencias, usos y tradiciones; a cambio el Turco sólo exige sometimiento y tributo al Sultán. Esta dulce tiranía no pasa inadvertida a los humanistas cristianos, que hartos de guerras intestinas hablan en términos cada vez más elogiosos de un hecho notable: la tolerancia de los turcos.<sup>61</sup> Desde 1453 el sistema otomano organiza sus territorios por medio de comunidades nacional-religiosas (*millets*) dirigidas por sus propios miembros y que gozan de una autonomía notable.<sup>62</sup> Los viajeros occidentales a Turquía como Busbecq quedan atónitos al ver en ella ceremonias cristianas permitidas y aún protegidas por las autoridades. Belon se maravilla de ver que cuando los griegos cristianos preparan sus oraciones, los turcos «assistent et aydent aux Grecs.»<sup>63</sup> Naturalmente esta *pax turcica* recibe la debida atención en el *Viaje*. Urdemalas se refiere a ella en un inciso antes de tratar por extenso las instituciones de Turquía, para responder a la pregunta de Mata que no entiende cómo su amiga habla de cristianos que viven en Constantinopla: «quien tiene livertad oirá misas todas las que quisiere cada día, y todos los ofiçios como en Roma» (p. 231). Y más tarde respondiendo a Mata:

Presuponed, entre tanto que más particularmente hablamos, que no porque se llama Turquía son todos turcos, porque hay más christianos que viben en su fe que turcos, aunque no estén sujetos al Papa ni a nuestra Iglesia latina, sino ellos se hazen su Patriarca, que es Papa dellos. (p. 253)

Urdemalas no oculta en ningún momento su admiración por la efectividad y el pragmatismo de este sistema social que permite una notable armonía social incluso en lugares como Constantinopla, donde conviven varias comunidades sin ningún conflicto racial. El sistema asegura el bienestar y el orden de todos los ciudadanos sin distinción,

<sup>60</sup> Creemos, pues, con Bataillon que el autor del *Viaje* tiene ideas religiosas erasmistas (Erasmus y España, II, 296). Luis y Juan Gil hablan de «creencias netamente heterodoxas» y sugieren incluso la posibilidad de cierta vinculación al luteranismo («Ficción y realidad en el *Viaje* de Turquía, RFE 45 (1962), 89-160). La heterodoxia no es sin embargo teológica; «Laguna es católico, pero a la manera de tantos hombres que combatían entonces contra el luteranismo, no sin concederle la razón en un buen número de puntos» (Erasmus y España, II, 302).

<sup>61</sup> Cf. A. Mas, *Les Turcs*, I, 20 y 312; F. Braudel, *The Mediterranean*, II, 665.

<sup>62</sup> Para una explicación del sistema de millets, cf. S. Shaw, *Ottoman Empire*, pp. 151-3. Sobre la semántica del término («nacionalidad» o «etnia»), cf. Arnold J. Toynbee y Kenneth P. Kirkwood, *Turkey* (Nueva York, Scribner's, 1927), pp. 27-30.

<sup>63</sup> Cit. por C. D. Rouillard, p. 328. Busbecq atribuye el respeto de los turcos a las ceremonias cristianas a su gusto por las tradiciones en general (Letters, p. 136).